



Ser docente: un acto intrínseco de amor pedagógico

Being a teacher: an intrinsic act of pedagogical love

Enrique Alonso-Sainz 

e-mail: e.alonsosainz@gmail.com

Universidad Autónoma de Madrid. España

Resumen

Volver la mirada hacia la esencia de la educación sin centrarse en lo exterior o lo fácilmente visible es un acto de valentía y rebeldía. En la educación, los focos se han puesto más en las acciones, metodologías y didácticas que entran en juego, que en desvelar y delimitar la definición misma de docente y por consiguiente sus características. En este ensayo, se usará la idea de *amor pedagógico* como hilo conductor para desgarnar la figura del docente desde diferentes miradas y en todas sus etapas y ámbitos. Primeramente, se delimitará el objeto de estudio en torno al profesor capaz de enamorar a sus alumnos para, seguidamente, proseguir con la condición que se debe dar para que ese enamoramiento se haga palpable: estar enamorado previamente; y por último, se realiza una somera radiografía de la formación previa que reciben los profesores y que posibilita convertirse de enamorado a enamorado. Con todo ello, se concluye que el amor que puede albergar el alma de un maestro no es aquel amor romántico o atrayente hacia y por los alumnos, sino un *amor pedagógico* que convierte al profesor en un ser digno de admiración y de la profesión que asume.

Palabras clave: amor; docentes; formación del profesorado; filosofía de la educación; vocación.

Abstract

Looking back at the essence of education without focusing on the superficial is an act of courage and rebellion. In education, the focus has been more on the actions, methodologies and didactics that come into play, than on revealing and delimiting the very definition of teacher and, consequently, its characteristics. In this essay, the idea of pedagogical love will be used as a common thread to elucidate the figure of the teacher from different points of view and in all its stages and areas. First, we will focus on the teacher capable of making their students fall in love then we will continue with the condition for that pedagogical love to happen: being in love previously; finally, a study of the Initial Teacher Education that makes possible to turn from an in-loved person to a lover. With all this, it is concluded that the love that can be harboured in the soul of a teacher is not a romantic one towards the students, but a pedagogical love that turns the teacher into a being worthy of admiration and the profession he assumes.

Keywords: love; teachers; teacher education; philosophy of education; vocation.

Revisado / Reviewed: 03-03-2022

Aceptado / Accepted: 04-04-2022

Cómo referenciar este artículo / How to reference this article:

Alonso-Sainz, E. (2022). Ser docente: un acto intrínseco de amor pedagógico. *Tendencias Pedagógicas*, 39, 70-79. 10.15366/tp2022.39.006

1. Introducción

En la tradición judía de siglos atrás, un símbolo significativo marcaba el paso del niño de la edad infantil al comienzo de su adultez. A los seis años, el niño abandona la casa y los cuidados de la madre para comenzar, con su padre, a instruirse en las labores del oficio familiar. El padre, en un gesto de sublime belleza, aúpa al niño sobre sus rodillas, aceptando así la responsabilidad de educarlo durante los años próximos. Es este un gesto de amor que resume a la perfección el honorable acto de educar: colocar sobre las rodillas, elevar, alzar al niño, ayudarlo a ver desde lo alto aquello que sus ojos no alcanzan a ver.

La necesidad de centrar los esfuerzos en determinar la esencia del acto educativo y sus actores nos hace preguntarnos por los límites de la educación: ¿hasta dónde debe extenderse el papel de cada uno de estos actores? Hoy por hoy, que nada es fijo, que todo cambia y que lo educativo está en entredicho, replantearse lo radical, lo inmóvil, lo permanente de la educación sin centrarse en sus formas y movimientos es un acto de valentía y revolución (Bellamy, 2018). Más que nunca, la figura del docente, profesor o maestro genera ciertas discrepancias. Qué función desempeñan, en qué campos cosechan, hasta dónde llega su implicación, etc. Multitud de informes, expertos, libros y artículos proponen recetas mágicas y caminos que llevan a Roma, con los cuales se garantiza una educación de calidad. Sí, la educación no está en su mejor momento, pero ¿cuándo lo ha estado?, la crítica a la Escuela es tan antigua como la propia Escuela (Larrosa, 2018). Es momento de empezar a construir.

Igual que las debilidades en los cimientos de una casa no se reparan pintando la fachada, no pretendamos solventar la problemática educativa cambiando la forma y no la esencia. Metodologías innovadoras, recursos tecnológicos, emocionales y materiales, y un sinfín más de ideas se nos venden como panacea de la mejora educativa, cuando lo que sabemos es que la obra de arte surge porque hay un buen artista detrás de ella y no, únicamente, por la calidad de sus materiales.

La falta de consenso y voz en los propios docentes acerca de su labor, funciones y aspiraciones no es causa menor. Esta crisis de identidad docente lastra el sentido y fin de la educación (Marcelo García, 2010). Por ello, plantearse cuestiones relativas a la figura del docente puede ser el primer paso para alcanzar comprensión y consenso, y poder generar una conciencia pedagógica colectiva.

El texto que aquí se presenta intenta aproximarse con unas ciertas reflexiones a la idea de docente y su función. Esto simplemente es una idea, posiblemente algo romántica, de lo que debería o podría deber ser un buen docente, entendiendo como docentes maestros de escuela o profesores de instituto y universidad, generalizando y sabiendo que cada etapa tiene sus particularidades.

2. Por qué el amor

Puede parecer que ya se ha hablado mucho de amor en la educación, de la importancia de amar al niño o incluso del romanticismo pedagógico de creer que lo único que necesita el alumno es amor. Ciertamente, aunque pueden aparecer convergencias con estas ideas, la temática del amor puede no estar tan trabajada como parece, al menos, no trabajada del todo desde todos los puntos y menos en la actualidad. Sin ánimo de entrar aún en cuestiones pedagógicas, se plantea la cuestión de la necesidad de introducir la palabra *amor* con la infinidad de acepciones y significados que esta engloba. Ciertamente es que utilizar dicha palabra pudiendo utilizar otras como, vocación, actitud, quehaceres, etc. podría ser mucho menos arriesgado, pero merece la pena asumir el riesgo de la imprecisión. La razón de la elección de dicho palabra como eje vertebrador del texto es sencilla: las características del amor casan a la perfección con el ser del docente. El *amor pedagógico*, pues, es un constructo demasiado complejo para plasmarlo en una definición somera sin un previo análisis de lo que lo rodea. Por ello, este texto pretende enlazar la necesidad de *amor pedagógico* en el docente y lo que engloba.

Es necesario traer a colación las palabras de Jorge Larrosa cuando afirma que es necesaria una mirada de amor hacia las cosas que queremos solucionar, hacer un acercamiento desde una mirada amorosa, porque el amor destaca las cualidades bellas de aquello que tenemos enfrente (Larrosa, 2018). ¿Acaso no habría que mirar a la educación con esa mirada de amor incondicional que no juzga?



3. El docente enamorado

¿Quién se atrevería a decir hoy «quiero ser como él»? ¿Quién en el siglo XXI puede asumir voluntariamente el deseo de llegar a ser, o incluso superar, a un individuo de referencia? «Tú eres tú, no busques ser como otros», recomiendan algunos *coaches*. «Sé tú mismo», rezan otros. Qué esperamos, pues, de una sociedad que busca la autocomplacencia y abomina todo referente al grito de «nadie es tan bueno como parece»...

No es cierto que cada uno construya su ser únicamente desde lo más profundo de sí mismo. Hasta el Zarathustra de Nietzsche tuvo que esperar 30 años (llenos de formación, inquietudes y contactos) para aislarse y «gozar de su espíritu y su soledad» (Nietzsche, 2019, p. 4) hasta encontrar la verdad dentro de sí. Zarathustra tuvo que pasar por muchas manos, por muchos maestros y referentes que le forjaran el carácter y el espíritu. Nadie es dueño pleno de uno mismo.

En una entrevista, el prestigioso cardiólogo Valentín Fuster afirmó que su sueño era ser tenista. Entrenaba duro en el club, hasta que un día comenzó a perder partidos y se dio cuenta de que nunca llegaría a ser un gran jugador. En esos momentos, el médico del club se acercó a él y le afirmó: «tú serás un gran médico». Esa persona estuvo todos esos años observando al Dr. Fuster y sabía, mejor que él mismo, el potencial que tenía para la medicina. Años después, ya en la Facultad de Medicina de la Universidad de Edimburgo, otro profesor se le acercó y, con una muestra de un coágulo de sangre en una placa, le preguntó: «Valentín, ¿esté coágulo extraído de un cadáver fallecido de infarto, ha sido consecuencia o causa del infarto?». «No lo sé», respondió el Dr. Fuster. «Pues sobre esto vas a hacer tu doctorado» (Fuster, 2018). Esta analogía fue utilizada por el doctor para explicar a un grupo de docentes y alumnos la importancia de la tutoría, de los referentes y de la confianza. Si no fuera por estas mentes brillantes que se cruzaron en el camino del cardiólogo y de su confianza en ellos, hoy no sería quien es.

Se necesitan referentes en la vida de toda persona, pero no cualquier referente. Es necesario ubicar a los referentes oportunos en los momentos oportunos. Sin querer entrar en profundidad en este pensamiento, cabe una pequeña reflexión acerca de los referentes de las últimas décadas y su importancia/poder educativo. Cuando hace un tiempo los más pequeños buscaban referentes en futbolistas, deportistas, actores, músicos o algún autor de libros, en la actualidad, los grandes referentes se han convertido en *instagramers*, *youtubers* o *gamers*. La mirada hacia los referentes se ha desviado, ya no recomendamos libros, sino series de Netflix.

Esto no resuelve la duda de ¿por qué son necesarios los referentes?, ¿por qué una persona no se puede forjar a ella misma? Porque los valores solo son transmisibles si provienen de otro ser. Los valores no se encuentran, no se compran, no se adquieren al gusto de uno. Los valores se viven y se experimentan en una comunidad, con una persona que hace ver, desde la libertad, cómo merece la pena actuar por estas convicciones y no por otras. No podemos comprar en un supermercado todo esto (Esteban-Bara, 2018), se necesitan transmisores, referentes y ejemplos de personas de carne y hueso, con la misma naturaleza de uno, para que, admirados por su nivel moral, podamos decir: «yo quiero ser como él». Maestros capaces de enamorar e influir positivamente en sus discípulos. Una influencia capaz de cambiar vidas, de cautivar y de encender (Bárcena, 2018). Ninguna gran mente ha sido construida sin un maestro o referente que haya ayudado a marcar un camino: Platón luz para Aristóteles, Mozart aprendió de la música de Bach y Cézanne fue un maestro indirecto para Picasso. Detrás de toda gran mente hay otra que supo iluminar el mejor camino, consciente o inconscientemente.

Es de aquí, desde esta esencia, desde donde nace el acto educativo más puro y bello. Hay que preguntarse si el docente debe ser referente y de qué. Posiblemente, si desgranamos al docente en sus diferentes etapas en las que cosecha, encontremos distintas respuestas en cada una de ellas. La función de un maestro de escuela primaria no es el mismo que la de un docente de universidad. Se intenta descifrar el código que compone a un buen profesor, sus características psicológicas y pedagógicas, ¿qué hace a un docente buen docente? Ciertamente, fijarse en las aptitudes psíquicas no puede ser punto de partida, porque la ciencia psíquica tiene un componente descriptivo acerca de cómo es el alma de un maestro, pero lo que aquí interesa es saber cómo debe ser el alma (García-Morente, 1975), el ideal, lo radical.

Así pues, el alma del maestro debe poseer esa capacidad para ofrecer los valores adecuados que permitan a sus alumnos, no solo formarse en las materias, sino también ofrecer esa forma de vida



que haga de ellos seres nobles, libres y mejores. Es Georg Kerschensteiner quien afinó con gran acierto este hecho. Se parte de la base de que toda persona es educadora de otros, influye, tanto para bien como para mal. El buen educador es aquel que, primero, se ha dejado influir por grandes personalidades encontradas en libros, pinturas y vidas; y, en segundo lugar, aquella que influye positivamente en la vida de sus discentes. El educador, por tanto, «es el hombre que, voluntaria o involuntariamente, influye en la vida espiritual de sus semejantes, elevándoles a un estado más perfecto» (Kerschensteiner, 1934, p. 17). Es en la última parte de esta afirmación donde se deben centrar las miradas. No tendría sentido el acto educador que se genera en el aula si este no conduce al alumno a un mejoramiento de su ser.

Ahora bien, nos encontramos en esto una dicotomía, primeramente: ¿cómo una persona del mundo corriente se convierte en maestro que cautiva? Y en segundo término: ¿cómo aplicar esta idea bucólica a la educación actual? La primera cuestión bien se merece un apartado distinguido en líneas posteriores, pero la segunda puede evocar una gran discusión.

Es realmente bello hablar del amor en la educación, imaginar a maestros enamorados perdidamente por lo que hacen, entregando alma y cuerpo a la causa pedagógica o siendo admirados por sus enseñanzas magistrales y transformadoras. En cambio, nos encontramos una escuela, una universidad, con una mirada mucho más utilitarista. En el currículo no aparece como objetivo «enamorar al alumno», pero sí que podemos encontrar la lista de conocimientos y destrezas que deben desarrollarse y adquirirse, dejando de lado, posiblemente, la educación como mejoramiento holístico del ser y conducción hacia una utópica perfección (Esteve, 2012). Parece que lo señalado encierra una dificultad y una irrealidad que lo hacen inalcanzable. No es sencillo ser un referente e influir en la vida de quien se tiene enfrente.

Una buena resolución a este conflicto de cómo aplicar esto al mundo educativo es la famosa frase del profesor Ibáñez-Martín (2010) cuando invita a encender el fuego en vez de llenar el vaso. Ciertamente, la educación se ha transformado muchas veces en ese acumular conocimiento e información, algo necesario, pero que se puede desvirtuar si se tiene claro el fin último. Todo docente debe enseñar y asegurarse que el estudiante aprenda, pero no solo que aprenda, sino que ese aprendizaje le haga mejorar. Por ello, habría que poner más el foco en el camino hacia la meta que en la meta misma sabiendo que tanto la meta como el camino son necesarias e inseparables y salvando las diferencias en esto entre la escuela, la educación secundaria y la universidad. Con esta bella poesía lo describía el autor griego Costantino Cavafis:

Mantén siempre Ítaca en tu mente, llegar allí es tu destino.
Pero no tengas la menor prisa en tu viaje.

Es mejor que dure muchos años
y que viejo al fin arribes a la isla,
rico por todas las ganancias de tu viaje,
sin esperar que Ítaca te vaya a ofrecer riquezas.

Ítaca te ha dado un viaje hermoso.
Sin ella no te habrías puesto en marcha.
Pero no tiene ya más que ofrecerte.
Aunque la encuentres pobre, Ítaca de ti no se ha burlado.

Convertido en tan sabio, y con tanta experiencia,
ya habrás comprendido el significado de las Ítacas.

(Cavafis, 1996, p. 70)

En la escuela concretamente, la asimilación de estas estructuras y estos esfuerzos nunca es en vano. Aunque la distancia más corta entre dos puntos, la ignorancia y el conocimiento, es la línea recta, a veces hacer algún requiebro enriquece sustancialmente la experiencia educadora:

«La educación no es un amaestramiento, sino que es la consecuencia adecuada al descubrimiento de que el ser humano no nace en la plenitud, sino que va avanzando hacia ella gracias a su capacidad para comprometerse en lo que descubre como verdadero». (Ibáñez-Martín, 2010, p. 18)

Así es, la educación no es un resultado, sino una consecuencia, y la forma que tiene el discente de descubrir aquello que se concibe como verdadero es el ofrecimiento por parte del docente de ello.

Por tanto, si queremos involucrar e influir plenamente en los estudiantes, un primer paso debería ser buscar despertar en ellos la inquietud y la atracción por aquello que se enseña (algo alejado del famoso «aprender a aprender»). Se podría decir que una buena función de este docente es despertar el asombro en sus alumnos, que resulta ser una herramienta imprescindible para acceder a la sabiduría y por consiguiente a una vida mejor. El asombro, concepto diferenciado de la motivación, lleva consigo unas connotaciones que hacen a la persona más humilde, agradecida y trascendente al verse sobrecogida por la inmensidad del mundo que se le muestra, valores que potencian lo educativo y hacen a la persona más humana (Fuentes, 2021). El asombro lleva consigo una motivación trascendente (L'Ecuyer, 2012), pero la motivación no viene acompañada del asombro por lo que no la hace siempre educativa.

Para ello, no hay porqué rechazar ni la clase magistral, ni las listas de reyes godos, sino poner el foco también en el camino y no únicamente en el fin, porque si el camino es el correcto, se llegará al fin. Aunque por una autopista de peaje se llegue antes al destino, poder recorrer la carretera nacional pasando por diferentes localidades, culturas y gastronomías es tremendamente más enriquecedor. No hay aprendizaje inútil si el esfuerzo puesto para alcanzar dicho aprendizaje ha sido ya un aprendizaje en sí mismo (Ordine, 2013). Así pues, cualquier profesor que enseñe una disciplina, no solo enseña esa disciplina, sino que es, lo quiera o no, un maestro moral en sus palabras y su obra, porque aquello que enseña, útil o no, tendrá efecto en la vida del discente en tanto en cuanto el docente haya sabido inculcarle la importancia (que no la utilidad) de aprender, y eso es ya un valor por sí mismo. Brillantemente, Gusdorf lo expresa así:

De este modo, el profesor de matemáticas enseña matemáticas, pero también, aunque no lo enseña, enseña la verdad humana; El profesor de historia o de latín, enseña historia o latín, pero también, aunque piense que la administración no le paga para eso, enseña la verdad. Nadie se ocupa de la formación espiritual, pero todo el mundo lo hace, e incluso ese mismo que no se ocupa. (Gusdorf, 1963, p. 181)

Está en manos del docente el nivel de compromiso con esta causa. No es más docente aquel que aparte de enseñar, educa conscientemente, pero sí puede ser mejor, o al menos, más humano. No podemos relegar a un profesor que solo se preocupa del aprendizaje de sus alumnos a una posición alejada de la docencia, pues si esas enseñanzas son realmente educativas para los alumnos, ¿acaso no está haciendo educación?

Se ha desviado mucho el foco en este tema. Aunque queramos que un buen profesor se implique con la vida de sus alumnos, se preocupe si están mal personalmente o se centre en las emociones de quien tienen enfrente, si no lo hace, no es menos docente que el que sí llega a esos puntos, siempre y cuando cumpla su función de enseñante (guardando las distancias con las particularidades y requerimientos según la etapa educativa). Ahora bien, un profesor que juegue con sus alumnos, se vuelque en su vida, se preocupe de sus emociones, incluso se convierta en casi amigo, pero no enseñe, no instruya, no busque el asombro, será psicólogo, amigo, médico, terapeuta o director espiritual, pero no podrá ser docente. En el aula, las relaciones que se crean son en torno a un saber pedagógico, y el niño, el alumno, se ve prendado por la figura del docente, no porque simplemente sea una persona ejemplar, sino porque lo que enseña (en su etimología más pura: enseñar como señalar hacia, marcar una dirección) consigue arraigarse en lo más íntimo de la persona y enamorar.

Por tanto, el buen docente tiende a preocuparse por el aprendizaje del alumno y a engatusarle con sus enseñanzas. Es aquel que consigue enamorar, cautivar, por lo que hace y no solo por lo que dice, que también. Es ese Don Juan de Zorrilla, que decía García-Morente (1975), que con un simple pasar hace fijar las miradas en él. Esto no entra en discusión alguna con la importantísima necesidad de transmitir conocimiento, sino que, para educar, el camino es la transmisión de conocimiento:

Donde hay enseñanza auténtica, no hay oposición entre instrucción y educación, entre contenidos cognitivos y relaciones afectivas, entre emociones y valores. Porque la auténtica enseñanza siempre está recorrida por el cuerpo, por la pulsión, al tener como meta más alta *la transformación de los objetos del saber en cuerpos eróticos*. (Recalcati, 2016, p. 95)

Es posible embaucar, enamorar, asombrar, seducir al alumno sin hacer grandes piruetas, pero hay una condición *sine qua non* para que esto se dé: estar enamorado.

4. El profesor enamorado

La primera cuestión planteada líneas atrás tampoco es sencilla de responder. Una vez más nos surgen más preguntas que respuestas. Nos viene a la mente aquello de la vocación como elemento necesario para ser buen docente o incluso la motivación que impulsa a entregarse por entero a la causa. Es arriesgado hablar hoy de la vocación en los maestros. Antes, el maestro y el sacerdote eran considerados personas de entrega plena a lo que hacían, que no solo su tiempo estaba llamado a un designio, sino que su vida estaba inclinada a ello. Ahora, la vocación se ha disuelto y desgranado en «los gustos, las aptitudes, las capacidades o los talentos de una persona» (Larrosa, 2020, p. 53). Sin duda, la profesionalización (venida tras la Era Industrial) de toda tarea ha hecho olvidar aquello de la vocación. La vocación no deja de ser, como indica su etimología (*vocare* en griego), una llamada. Pero ¿una llamada a qué?, ¿a qué está llamado el docente? Posiblemente, llamado a darse por entero a la educación, a amar.

Muchos pueden entender que maestro se nace y no se hace, pero hay un número elevado de personas que entraron a la carrera de Magisterio por atracción sentimental con los niños y se quedaron por sentirse prendados por este mundo. Puede haber personas que nunca se plantearon dedicarse a la docencia pero que por cuestiones vitales terminaron en un centro educativo enseñando y ahora son las personas más felices del mundo y docentes espléndidos. Podríamos decir, pues, que el alma del buen educador tiene una especie de concupiscencia pedagógica positiva que le lleva a desear enseñar. Un buen docente, queramos o no, debe disfrutar de lo que hace, aunque eso no signifique estar motivado cada día.

Se tiende a relacionar o confundir la vocación y disfrute del trabajo con la motivación. Cuando se piensa en médicos (por su sempiterna analogía con la profesión docente) se piensa en una profesión vocacional; años duros de estudio y desvelos hasta poder pasar consulta. Ahora bien, si acudimos al cardiólogo por pinchazos en el pecho y el diagnóstico se traduce en una operación arriesgada a corazón abierto, nos es indiferente si el doctor está motivado, tiene vocación o disfruta operando, lo que nos interesa es que cuando abra sepa lo que hace y salgamos del quirófano con la cabeza por delante y no con los pies.

Pensemos ahora en aquellos docentes, mayoritariamente de la educación secundaria o universitaria, que, aunque no tienen, aparentemente, un gran ímpetu por enseñar, incluso hay algunos que se sientan en una silla, hablan una hora y se van, consiguen fascinar con aquello que dicen. No sabemos si esos docentes están motivados o no, si tienen vocación o no, pero cumplen una función primordial, enseñar y hasta despertar en algunos de sus alumnos el deseo por aprender más de lo que dicen, lo que ya hemos descrito como asombro.

No sabemos si el profesor de Albert Camus, el Sr. Germen, consiguió enamorar a todos los estudiantes de literatura con sus enseñanzas, seguramente no, pero a quien sí consiguió enamorar fue al premio nobel, tal y como dejó expresado en su famosa carta.

Querido señor Germain:

Esperé a que se apagara un poco el ruido que me ha rodeado todos estos días antes de hablarle de todo corazón. He recibido un honor demasiado grande, que no he buscado ni pedido. Pero cuando supe la noticia, pensé primero en mi madre y después en usted. Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, sin su enseñanza y su ejemplo, no hubiese sucedido nada de todo esto. No es que dé demasiada importancia a un honor de este tipo. Pero ofrece por lo menos la oportunidad de decirle lo que usted ha sido y sigue siendo para mí, y de corroborarle que sus esfuerzos, su trabajo y el corazón generoso que usted puso en ello continúan siempre vivos en uno de sus pequeños escolares, que, pese a los años, no ha dejado de ser su alumno agradecido.

Lo abrazo con todas mis fuerzas.

Albert Camus.

(Camus, 2019, p. 310)

Posiblemente muchos otros alumnos se durmieran en las clases del Sr. Germen, a muchos les parecería algo un poco aburrido tanto texto, pero hay una cosa segura, el profesor Germen amaba lo que hacía, amaba enseñar; y lo que consiguió no fue solo enseñar a Camus literatura, sino contagiar. Por los tiempos que eran, podríamos afirmar casi con total seguridad que a tal docente no le hizo falta más que una tiza y una pizarra. Ni nuevas metodologías, ni *flipped classroom*, ni pantallas digitales, ni aprendizaje cooperativo, solo él y sus alumnos, solo sus alumnos y él.

Así es, el hecho bifronte del acto educativo en su esencia requiere dos únicos elementos, un docente y un alumno. Un docente que sepa y quiera enseñar, y un alumno que quiera aprender. Si este último no se abre al aprendizaje, si no se deja cautivar, si se encierra en su totalidad, el docente podrá disfrazarse, cantar o sorprender con cualquier extravagancia, que el hecho educativo no se podrá dar (Royo, 2016). Esto es parte de la condición de discípulo de la que nos habla George Gusdorf (1963): no solo es necesario estar, también reconocer que «ha aceptado el cambio de una vez por todas» (p. 201) que le ha presentado el maestro.

Dicho esto, es difícil saber si un profesor tiene vocación o no. No sabemos si el profesor Germen sintió la llamada de enseñar literatura o terminó dando clase porque era la única opción que se le presentó. Lo que sí que sabemos es que amaba lo que hacía y enseñaba. Puede, con esto, haber docentes más profesionales que vocacionales y no por ello se debe desechar la vocación, pues esta aporta a la profesión «una comprensión más profunda del quehacer profesional» (Fuentes et al., 2019, p. 57). Y es que, el buen docente debe tener también ese punto de enamoramiento que puede aportar, en gran parte, la vocación. No por los alumnos, no solo por la educación, sino un toque de obsesión por lo que enseña. El docente debe ser en parte ese Don Ávito de Unamuno que se obsesiona tanto con la educación de su hijo que toda acción la dirige a su instrucción: «la educación empieza en la gestación... ¿qué digo? En la concepción misma... antes, mucho antes, venimos educándonos *ab initio*, desde lo homogéneo primitivo» (Unamuno, 1902, p. 20). Por eso no solo es necesario tener algo de Don Juan Tenorio, también tener algo de Don Ávito con ese punto obsesivo por todo lo que hace y dice, y para ello, no hay que estar enamorado del niño, sino de algo más elevado.

Este tema, el enamoramiento hacia el alumno, es recurrente si queremos seguir afinando aquello del *amor pedagógico*. Podemos tender a pensar que es necesario que el docente esté enamorado por los niños, pero no es así. Don Ávito no estaba enamorado de su hijo y Don Juan no se enamoraba de toda mujer que se fijaba en él. En el caso del docente, este no puede amar a los niños, porque, como dice García-Morente (1975): «el maestro se halla demasiado por encima del niño, para poder amarlo» (p. 125). Realmente puede haber una cierta atracción, aprecio o cariño, pero es imposible que, en la relación pedagógica que estamos describiendo, el amor que tiene el discípulo hacia el maestro sea similar a la que el maestro pueda tener a sus discípulos. Es entonces cierto que no es posible un amor hacia los niños, es más, si así fuera, se podría caer en el error de desviar la atención de lo realmente importante y se abandonarían la función de educador.

Lo que realmente ama el docente y pone en comunión al niño y al maestro es el amor por el saber. Un saber que ubica al alumno y al profesor en casi la misma posición de contemplación. Dicho de otra manera y recuperando la temática del asombro, el docente, para poder asombrar, debe sentirse previamente asombrado. Posiblemente no sea necesario un asombro activo que invite a seguir indagando en aquello que se ha desvelado y que sería más propia del alumno, sino un asombro más contemplativo que induce en la persona el deseo de asombrar a otros, de mostrar la belleza de lo que se observa (Fuentes, 2021), de redirigir las miradas para enamorar/se.

Al igual que cuando visitamos al doctor, el centro de atención no está en el paciente sino en la dolencia que sufre y eso es recíproco por las dos partes, aunque el doctor lo mire desde otro punto más cercano, el docente admira el saber, el conocimiento, la sapiencia del contenido que quiere transmitir y es parte de su labor que el alumno también admire y fije su atención en ello: «hacer del conocimiento un objeto capaz de despertar el deseo» (Recalcati, 2016, p. 47), amar por ambas partes ese objeto. De este modo, perfilamos ya de una forma más nítida la definición de *amor pedagógico*. No es un amor hacia el niño, tampoco es solo una inclinación hacia el deseo de enseñar, es una fijación hacia un objeto común de deseo: el conocimiento. Conocimiento que pone en comunión a estos dos actores.

Para poder despertar, como hemos indicado, y amar aquello que se enseña y se hace, el docente no puede ser una persona ignorante. Si el maestro no está en el mismo escalafón que el niño, ¿qué hace la diferencia?, ¿solo los años marcan la distancia pedagógica entre el alumno y el profesor? Claro



está que no, no solo los mayores pueden enseñar a los jóvenes. El germen radica en la formación del docente, en su preparación, en su estudio previo que le permite contemplar el objeto deseado desde un estadio más elevado que el de sus alumnos.

5. Metamorfosis de amante en amado

Sin duda, una parte esencial de la construcción de todo docente es su formación. Para ser admirado por los alumnos, es necesario transformarse en un ser admirable y no solo en vida y valores, también en sabiduría y conocimientos.

Cuando alguien se dirige hacia un abogado para requerir sus servicios, se espera que la persona que tiene delante sea un auténtico profesional, que sepa lo que hace. Perdemos la confianza en él y depositamos nuestro futuro en sus manos. Cuando hablamos de maestros y profesores, este sentimiento se agudiza, pues ya no es tu educación la que está en juego, sino la de tu hijo. A día de hoy, un profesor que se siente a hablar con unos padres de un alumno se va a encontrar enfrente a personas muy preparadas en su campo; a ingenieros, médicos o abogados, personas expertas en su área que posiblemente hayan leído grandes obras y sepan de lo que hablan. Hoy, más que nunca, el docente no se puede permitir una formación mediocre porque estos padres lo que esperan encontrar en la reunión con el tutor de su hijo es a un auténtico profesional de la educación, con el cual podrán estar más o menos de acuerdo con lo que hace o dice, pero deben tener la completa seguridad de que están en buenas manos.

Cabe ahora alejarnos algo de la búsqueda de la definición de *amor pedagógico* y centrar los esfuerzos en descubrir cómo conseguir que florezca este amor en el docente. Recordemos que no es solo necesario querer enseñar, también tener algo que enseñar, y para ello es necesaria una instrucción acorde a la responsabilidad.

En primer lugar, antes de la formación en sí, resulta necesario retomar lo ya esbozado anteriormente. El perfil de acceso a las facultades de educación es heterogéneo y difícil de encuadrar en determinados modelos. Aunque el acceso es igual para la mayoría de las carreras, nos preguntamos si sería necesario demostrar un mínimo de inclinación (o vocación que lo llamarían algunos) para poder comenzar la formación. Exigir un perfil o unas aptitudes concretas podría ser arriesgado. Cuántos jóvenes descubren en la carrera o incluso posteriormente en la escuela que la educación es el oficio más bello: «la escuela como uno de los lugares del descubrimiento de la vocación» (Larrosa, 2020, p. 55). Pero, por otra parte, otros tantos profesores que llegan a la facultad sin ningún tipo de deseo se quedan *porque es fácil*, llegan a un aula, se convierten en mercenarios educativos y se jubilan. Ciertamente es que, posiblemente, el perfil del docente en potencia que entra a las facultades debería tener unas características mínimas que aporten una cierta seguridad. Una vez más, el profesor Kerchensteiner (1934) nos esboza cómo debería ser la persona que aspira a ser docente:

Solamente aquel que siente constantemente la felicidad de operar en la formación espiritual e intelectual de los demás; que hace vivir en sí la fe imperturbable en el poder supremo de los valores ilimitados del género humano; que ha llegado a experimentar en sí que mientras él enseña a un ejército de almas juveniles, evoca en una lección una vida espiritual común, y que, finalmente, mantiene una juventud tan pura, que todo el peso de los años y toda la madurez de su existencia no llegan a obstruir su ardoroso manantial. (p. 111-112)

Aunque poder reclutar almas de este tipo es una bella utopía, sí que cabe plantearse la necesidad de una selección diferente. Quizá mediante entrevistas, quizá evaluando currículum o quizá dejar que solo accedan a la profesión tras la carrera aquellos realmente preparados.

El segundo aspecto sería la formación en el aula universitaria. Creo que es oportuno recuperar una bella palabra que se ha perdido con el tiempo. Hasta hace poco más de 30 años, existían las Escuelas Normales - Seminario de Maestros, y es que la palabra *seminario*, y su etimología (del latín *semen* + *arium*) podrían ser más apropiadas para explicar la función de la institución formadora de maestros. El seminario es el lugar de siembra del conocimiento, y la facultad de educación debe ser eso, un lugar de siembra y no un lugar de recolección. Siguiendo con esta metáfora, el sembrado requiere tiempo, cuidados y abono para que la flor que nazca salga fuerte, resistente, preparada para las inclemencias y, sobre todo, que a largo plazo dé buenos frutos.

El maestro en potencia es esta planta que necesita ser cuidada y preparada para sobrevivir en libertad. A esta semilla hay que regarla con conocimientos suficientes en diferentes disciplinas, abonarla con elementos reflexivos sobre su propio desempeño que mejoren el quehacer y que tantos buenos resultados da en los maestros (Freire, 1997; Martínez y Collado, 2019) y fumigarla con buenas experiencias prácticas. Este último requisito es fundamental para todo docente. La inducción de los estudiantes en aulas con profesores experimentados es una necesidad de aprendizaje en esta etapa. Del mismo modo, el acercamiento de la academia al mundo escolar, con una conversación fluida y un intercambio constante de experiencias, ayuda a que la formación inicial esté bien encaminada y «hable el lenguaje de la práctica» (Vaillant y Marcelo, 2015, p. 46). Posiblemente, la universidad mantiene un problema que se lleva advirtiendo años atrás, «enseña demasiada ciencia pura a los profesionales y (...) no les enseña bastante ciencia pura a los profesionales» (García-Morente, 2012, p. 19). Sería necesario un replanteamiento de la organización y contenido de estudio en la academia, acercándola, algo más, a la realidad palpable de las aulas y viceversa.

En tercera instancia, para que el maestro siga enamorando día a día, debe tener un alma inquieta que le lleve a la constante formación y deseo de aprender (Esteban-Bara, 2018). Hoy más que nunca es necesario tener, no solo profesores bien formados en su profesión, también profesionales que estén actualizados de manera reflexiva y crítica. Al igual que no vamos al médico y nos pone sanguijuelas en la piel para purificarnos, no esperamos que los docentes sigan enseñando sin adaptarse a los tiempos. La preocupación por la educación del discente también es adaptar la enseñanza a los nuevos requerimientos de la sociedad, y para ello es necesaria una formación continua que permita el desarrollo profesional y que favorezca la educación (Valle y Manso, 2017). Otros factores también entran en juego en este punto del desarrollo del amado, como el salario, que valoriza socialmente la profesión, las condiciones laborales que estos se encuentran, el apoyo de las instituciones o la inexistencia del «tiempo libre para dar forma al amor por la materia, por el oficio, por lo que uno se trae entre manos» (Simons y Masschelein, 2014, p. 131) y que tan necesario es.

El conocimiento tiene una dicotomía clara. Primeramente, tiene un carácter expansivo: cuánto más aprendemos, más queremos aprender (Luri, 2018), pero este movimiento solo es posible si previamente hay un primer motor que mueva. Solo si el docente es movido en primera instancia por un motor inmóvil de conocimiento, podrá él, posteriormente, ser ese motor que mueve. Puede ser tarea importante para la universidad convertirse en ese motor. Seguidamente, es necesario que la formación del docente esté enfocada, no tanto o solo a la instrucción del alumno, sino también a la capacidad de mostrar unos ideales claros de bondad, verdad y belleza que conduzcan al discente a una vida floreciente y mejor (Kristjánsson, 2020), tarea que solo puede llevarse a cabo si previamente se ha inculcado la necesaria labor que es transmitir estos ideales e, incluso, vivirlos.

La universidad tiene la difícil tarea de ofrecer a los jóvenes que acceden a sus aulas las herramientas que los ayuden, no solo a poseer recursos que luego deban utilizar, sino a discernir si ha germinado en ellos el *amor pedagógico*. Al fin y al cabo, esa es la función del seminario, sembrar para luego recoger; si no se consigue sembrar, no habrá nada que recoger.

6. Cerrando el círculo

Así se completa la sucinta radiografía que se ha intentado realizar en este texto en torno a la figura del docente y su función.

En suma, ser docente no es más que poner en ejercicio el *amor pedagógico*. Un *amor pedagógico* que no es del docente hacia los niños sino de los niños hacia el maestro, que ven en él «un guía amado y admirado, un faro que les alumbró y les atrae por el camino ascendente de la mayor perfección» (García-Morente, 1975, p. 126). Un *amor pedagógico* que convierte la docencia en, como diría Steiner, «la profesión más enorgullecida y, al mismo tiempo, la más humilde que existe» (Steiner y Ladjali, 2005, p. 161).

Para alcanzar la germinación del ser enamorado, se debe ser enamorado, prendido por una vida, por una inquietud mucho más elevada que la atracción sentimental por los alumnos. La entrega plena, el ansia del saber constante, el deseo de no llegar nunca a la meta y la formación rigurosa y continua debieran ser los rasgos esenciales de la vida de todo docente, más aún en los primeros momentos vitales de la persona, rasgos que iluminen y transformen el alma y la vida de los alumnos.



Al fin y al cabo, la docencia es eso, como hacían los antiguos judíos, aupar con amor al niño sobre las rodillas para permitirle asombrarse con la inmensidad del mundo.

Referencias

- Bárcena, F. (2018). Maestros y discípulos. Anatomía de una relación. *Teoría de la Educación*, 30(2), 73-108. <https://doi.org/10.14201/teoredu30273108>
- Bellamy, F.-X. (2018). *Permanecer*. Encuentro.
- Camus, A. (2019). *El primer hombre*. Planeta.
- Cavafis, C. P. (1996). *Poemas*. Seix Barral.
- Esteban-Bara, F. (2018). *Ética del profesorado*. Herder.
- Esteve, J. M. (2012). *Educación: un compromiso con la memoria*. Octaedro.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo Veintiuno.
- Fuentes, J. L. (2021). El asombro: una emoción para el acceso a la sabiduría. *Revista Española de Pedagogía*, 79(278). <https://doi.org/10.22550/REP79-1-2021-08>
- Fuentes, J. L., Conesa, M. D., López-Gómez, E. y Ruiz-Corbella, M. (2019). *Ética para la excelencia educativa*. Síntesis.
- Fuster, V. (2018). *La educación es un arma muy importante para la autoestima*. <https://www.youtube.com/watch?v=ra0QjuG1k7Y&t=1569s>
- García-Morente, M. (1975). *Escritos pedagógicos*. Espasa-Calpe Colección Austral.
- García-Morente, M. (2012). *El ideal universitario y otros ensayos*. Eunsa Astrolabio.
- Gusdorf, G. (1963). *¿Para qué los profesores? Por una pedagogía de la pedagogía*. Miño y Dávila editores.
- Ibáñez-Martín, J. A. (2010). *¿Llenar el vaso o encender el fuego? Viejos y nuevos riesgos en la acción educativa*. Facultad de Educación, Universidad Complutense de Madrid.
- Kerschensteiner, G. (1934). *El alma del educador y el problema de la formación del maestro*. Editorial Labor.
- Kristjánsson, K. (2020). El florecimiento como el fin de la educación: una aproximación y diez problemas existentes. En C. Naval, A. Bernal, G. Jover, y J. L. Fuentes (Eds.), *Perspectivas actuales de la condición humana y la acción educativa* (pp. 17-35). Dykinson. <https://doi.org/10.2307/j.ctv17hm9m5.4>
- L'Ecuyer, C. (2012). *Educación en el asombro*. Plataforma Actual.
- Larrosa, J. (2018). *Elogio de la escuela*. Miño y Dávila editores.
- Larrosa, J. (2020). *El profesor artesano*. Laertes Educación.
- Luri, G. (2018). *El deber moral de ser inteligente*. Plataforma Actual.
- Marcelo García, C. (2010). La identidad docente: constantes y desafíos. *Revista Interamericana de Investigación, Educación y Pedagogía*, 3(1), 15-42. <https://doi.org/10.15332/s1657-107X.2010.0001.01>
- Martínez, M. V., y Collado, P. G. (2019). Pensadero de maestros: Una dinámica docente de práctica reflexiva. *Profesorado*, 23(4), 152-171. <https://doi.org/10.30827/PROFESORADO.V23I4.11715c>
- Nietzsche, F. (2019). *Así habló Zaratustra*. Austral.
- Ordine, N. (2013). *La utilidad de lo inútil*. Acantilado.
- Recalcati, M. (2016). *La hora de clase. Por una erótica de la enseñanza*. Anagrama.
- Royo, A. (2016). *Contra la nueva educación*. Plataforma Actual.
- Simons, M. y Masschelein, J. (2014). *Defensa de la escuela: una cuestión pública*. Miño y Dávila editores.
- Steiner, G. y Ladjali, C. (2005). *Elogio de la transmisión*. Siruela.
- Unamuno, M. de. (1902). *Amor y pedagogía*. Independently published.
- Vaillant, D. y Marcelo, C. (2015). *El ABC y D de la formación docente*. Narcea.
- Valle, Javier. M., y Manso, J. (2017). *Lifelong Teacher Education: Ser docente a lo largo de la vida*. Sial Pigmalion.